

Agradezco a las compañeras de Duoda la invitación a compartir este espacio de diálogo, que siempre he seguido con especial interés; soy muy consciente del reconocimiento que ello supone, que también agradezco y al cual espero haber sabido corresponder. Con un agradecimiento especial para Milagros Rivera por su apoyo, sin el cual tal vez no me habría atrevido a ocupar hoy este lugar aquí. Y también para Elizabeth Uribe, que ha sido mi interlocutora y me ha ayudado, con su escucha, a ir concretando mi intervención, además de prestarme apoyo técnico para la elaboración del *power point*, lo cual me sirvió de excusa para poder tenerla a mi lado durante el acto; quede claro, en cualquier caso, que la única responsable de la selección de imágenes y de sus insuficiencias soy yo. Vaya asimismo por delante mi agradecimiento a Montserrat Otero Vidal, compañera de Ca la Dona, que ha sido mi otra interlocutora y que ha escuchado pacientemente mis dudas en los trayectos en autobús a la salida de las reuniones del Centro de Documentación.

En principio, no mencionaré más nombres porque la lista sería interminable, ya que en cada una de las experiencias que voy a relatar ha intervenido en distintos momentos la relación con muchísimas mujeres, y por el temor a que me falle la memoria y a incurrir en imperdonables olvidos.

Antes de empezar también quiero subrayar que solo voy a hablar de unas pocas experiencias. He estado en otros grupos de reflexión y en otros proyectos en distintos momentos, todos los cuales también han sido espacios de relación, en algunos casos muy significativos para mí en el plano personal. Pero como el tiempo es limitado, he seleccionado solo unos pocos espacios y proyectos que muchas seguramente ya conocéis, de manera que podamos ir siguiendo juntas el hilo de lo que quería exponer.

La invitación de Duoda para este diálogo era totalmente abierta (“el tema que tú prefieras”) pero la verdad es que la elección no fue difícil: he escogido el único tema en el que me siento competente: la experiencia vivida, a través de la cual pienso que tal vez pueda aportar algo a una reflexión conjunta que también pueda tener una proyección de futuro...

Al preguntar cuál podría ser el interés de una intervención mía aquí, en este espacio del Diálogo Magistral que precede al seminario de primavera, varias mujeres de Duoda me respondieron: “tu trayectoria”, así, sin más concreción. Ya me lo habían dicho otras veces e imagino que se debe a que llevo más de cuarenta años vinculada a lo que hemos convenido en designar como el “movimiento feminista” y se espera que esta experiencia pueda servir de referente. Para empezar, a menudo me han preguntado: “¿Y cómo te hiciste feminista?” Y mi respuesta ha sido que no lo sé, que creo que lo he sido siempre...

Y como primera influencia citarí a mi madre y a su círculo de amigas.

Nací en Chile en 1944. Mi madre y mi padre eran exiliados de la Guerra de España —“refugiados”, decían— y el mundo de mi infancia está formado por esas personas jóvenes, que habían visto truncados sus proyectos, llenas de energía y de ganas de vivir, que tenían que empezar a reconstruir una nueva vida en un mundo lejano. La experiencia de solidaridad de los años de la República y de la guerra, junto con el hecho de que muchas no tenían familia allí, motivó que el apoyo mutuo fuera muy importante para ellas. Tengo un recuerdo muy nítido de mi madre y sus amigas, que se reunían por las tardes para merendar y para que las niñas y niños estuviésemos juntos y jugásemos, mientras ellas cosían o tejían, ya que su situación económica no era boyante y se hacían ellas mismas la ropa, pero tan pronto se intercambiaban consejos sobre un punto de jersey como comentaban la

última novela de Virginia Woolf o aquel disco de Juliette Greco que una de ellas había conseguido. Era un ambiente de mujeres pero que trascendía lo doméstico, donde tenía mucha importancia el apoyo mutuo, el intercambio de ideas y la reflexión sobre sus circunstancias y proyectos.

Es un buen recuerdo de un mundo armónico, visto con mis ojos de niña; una memoria que me atrae.

No tengo ninguna foto del grupo. Entonces se hacían pocas fotos y menos de escenas domésticas. Pero he incluido en el *power point* una foto en la que estoy con mi madre, Montserrat Abelló, como recuerdo de que ese fue el principio.

Sin embargo, a pesar de ese conocimiento y de esa admiración, a medida que me fui haciendo mayor también empecé a ver limitaciones en sus vidas: el hecho de estar supeditada a otras personas, la falta de libertad —“primero vienen los y las demás”—, el cansancio...

Lo ilustraré con un poema suyo, del libro *Vida diària*,¹ publicado en 1963, cuando yo tenía 19 años y ya habíamos regresado a Cataluña, si bien seguramente lo escribió cuando aún estábamos en Chile. Dice así:

Sóc com una ombra
perduda en la nit.
Estimo el raig de sol,
l'oreig del mar,
la rialla fresca,
el dolç somriure,
la ma forta.

Aquesta tarda d'estiu,
plena de llums
rosades, blaves, verdes,
massa crues.
Però caldrà que em posi,

com cada tarda,
a repassar la roba,
ficar les mans dins l'aigua bruta,
i destriar entranyes innocents.
Cosir botons,
empènyer la planxa.

Només de tard en tard,
puc agafar la ploma.

Em dolc del pit
i de l'esquena,
Però diré que aquesta tarda
és rosa i blava,
única, molt tendra,
inoblidable.
Perquè l'he viscuda
i és meva.

I això que estic cansada!²

Mi reacción en aquel momento fue de rechazo y sentí que para encontrar mi lugar en el mundo tenía que separarme de mi madre y de lo que ella representaba.

Y empecé a buscar otros modelos. Primero a través de los libros de autoras como Simone de Beauvoir, Maria Aurèlia Capmany, Betty Friedan...

Esto me acercó al feminismo y debí comentarlo porque en 1965 o 66 recibí el encargo de redactar la parte correspondiente a "La mujer en la sociedad" del libro *La mujer en España*.³ Si bien ahora no suscribiría todo el contenido de ese texto, lo menciono aquí porque, aun siendo un encargo, fue una ocasión para intercambiar experiencias con un grupo de mujeres con inquietudes parecidas, ya que nos estuvimos reuniendo durante casi un año para preparar el libro. Y cuando salió, nos invitaron

a hacer un gran número de presentaciones en barrios y centros parroquiales. Muchas de las asistentes eran mujeres vinculadas a la lucha de los barrios por la mejora de las condiciones de vida y las promotoras pertenecían a Mujeres Democráticas, próximas al PSUC, muy volcadas en la tarea de dar apoyo a los presos (a las presas también, pero sobre todo a ellos...).

Y después del encuentro formal, muy político, muy reivindicativo, contra el franquismo, por las libertades democráticas, de apoyo a las personas presas, de protesta contra la subida del coste de la vida, etcétera, a la salida íbamos a tomar una cerveza y empezaban a salir cantidad de temas que no se habían tocado antes, en el coloquio: el problema con los anticonceptivos, que estaban prohibidos y eran difícilísimos de conseguir, el problema del aborto, clandestino y muy penalizado, los hijos no deseados, el divorcio, que no existía, y, por tanto, las dificultades de las separaciones, las parejas de hecho....

A pesar de ser mujeres luchadoras y muy politizadas, les faltaban espacios para reflexionar sobre ellas mismas...

1970: Año cero

“Liberación de las mujeres, año cero” es el título de un número especial de la revista francesa de izquierdas, *Partisans*,⁴ dedicado a la eclosión del movimiento feminista en Francia y en toda Europa.

A principios de los setenta, empiezan a llegarnos noticias, libros, revistas sobre el movimiento de las mujeres que había empezado a estallar en los Estados Unidos y luego en Europa, en países como Inglaterra, Francia, Italia.

Y sentimos la necesidad de vincular y justificar teóricamente las preocupaciones que teníamos como mujeres con la lucha política por un cambio democrático, revolucionario, que era el objetivo y motor central en los ambientes en los que nos movíamos.

Con esta finalidad empezamos a reunirnos un grupo de amigas, con la intención de leer y comentar esos textos que nos llegaban de fuera. Pero cada vez con mayor frecuencia, a la discusión teórica se fue superponiendo la vida: las hijas e hijos pequeños, la necesidad de trabajar, la búsqueda de formas de vida alternativas, de una sexualidad satisfactoria, hasta que estos temas acabaron monopolizando nuestros encuentros.

Y en algún momento, vino a una reunión una mujer italiana que había estado en *Rivolta femminile* con Carla Lonzi, y cuando le contamos lo que hacíamos nos mostró que el nuestro era en realidad un grupo de autoconciencia.

Fueron dos o tres años de reuniones semanales muy intensas, sin demasiada conexión entre lo que ocurría allí y los acontecimientos externos y los debates que tenían lugar en nuestros círculos mixtos de amistades “progres”. Y así llegamos a

1975: Año Internacional de la Mujer

Las Naciones Unidas habían acordado celebrar en 1975 el Año Internacional de la Mujer, y el gobierno español había constituido con este objeto una comisión oficial, bajo la égida de la Sección Femenina de Falange, pero como que además de los organismos estatales también estaban llamadas a participar las organizaciones no gubernamentales, desde la Asociación de Amigos de la ONU se estaba impulsando la participación desde la sociedad civil, y esto proporcionaba una cierta cobertura legal a las reuniones.

Al amparo de los Amigos de la ONU, algunas mujeres, entre ellas, muy destacadamente, Lidia Falcón, Carmen Alcalde y otras, convocaron en 1974 un encuentro en el Colegio de Abogados de Barcelona, una convocatoria abierta aunque semiclandestina. Nuestro grupo asistió a ese acto, que ahora recuerdo como multitudinario, si bien, teniendo en cuenta las dimensiones de la sala, no debíamos

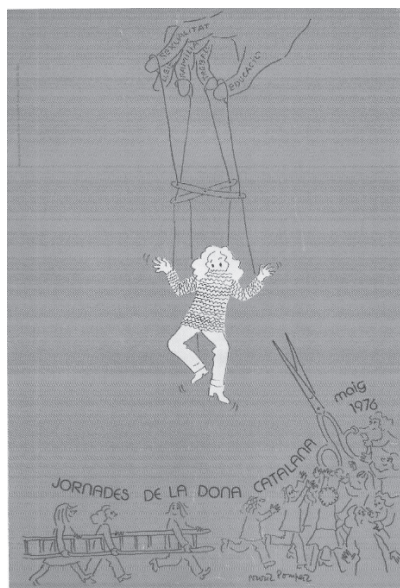
de ser tantas, un par de centenares quizás, pero en aquel momento era algo insólito, ya que ese tipo de reuniones estaba prohibido.

Nosotras intervinimos para proponer que, si el objetivo era organizar un encuentro para celebrar el Año Internacional, esto se hiciera abriendo un proceso participativo, mediante la creación de grupos de trabajo que se encargaran de elaborar las ponencias a lo largo de todo el año y luego las presentarán en los barrios. Seguramente influyó en esta propuesta mi experiencia anterior durante la presentación de *La mujer en España*. Y también el hecho de ser un grupo que ya teníamos esa práctica de intercambio de ideas y de debate abierto para ir elaborando la teoría a partir de una reflexión sobre la experiencia vivida.

Y se aceptó la propuesta... Se organizaron comisiones de trabajo encargadas de redactar las ponencias sobre los distintos temas que se quería tratar en las Jornadas —trabajo, la mujer en los barrios, familia, educación, medios de comunicación, participación política de las mujeres, legislación, la mujer en el mundo rural, y sexualidad— y una comisión coordinadora, que se reunió semanalmente durante más de un año en el local de los Amigos de la ONU. Yo misma participé en la elaboración de la ponencia sobre Mujer y Trabajo y en la comisión coordinadora, y también en un grupo numeroso y más informal, dedicado a Mujer y cultura, que se acabó convirtiendo en un foro de debate amplio, centrado sobre todo en el análisis de la articulación entre la política de las mujeres y la lucha política general por un cambio democrático.

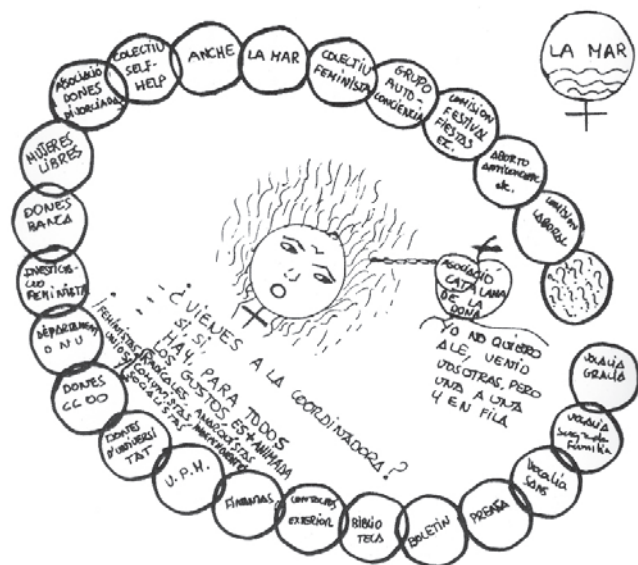
Fue una oportunidad para conocer a otras mujeres y constatamos que, aunque en política éramos unas “pardillas”, teníamos otras reflexiones que podíamos aportar y una manera de hacer diferente, adquirida a lo largo de todos esos años de relación en nuestro grupito de autoconciencia.

Fruto de todo este trabajo previo fue la celebración de las Primeres Jornades Catalanes de la Dona en mayo de 1976. El éxito de la convocatoria sorprendió a las propias organizadoras y, cuando faltaban pocas semanas para la inauguración, hubo que cambiar la sede al Paraninfo de la Universidad debido al gran número de mujeres inscritas. Y más allá de la reivindicación de cambios legales, que como muestra el cartel de Núria Pompeia, era el objetivo explícito, el encuentro fue una experiencia transformadora para muchas de las mujeres que asistieron. Un espacio de relación y de reconocimiento de vínculos más allá de las diferencias de posición política.



Recuerdo una experiencia significativa para mí que ya he contado otras veces. En el grupo organizador solía tener muchas discusiones más bien apasionadas con una mujer de una vocalía de un barrio a propósito de nuestras distintas visiones del feminismo y de su articulación con la “política general”, como decíamos entonces. Si en aquel momento me lo hubieran preguntado, yo habría dicho que solo la alianza en torno a unos objetivos mínimos, como

eran la organización de las Jornadas y el intento de sacar adelante una plataforma común de reivindicaciones, me permitían relacionarme y trabajar con aquella mujer. ¡Tan abismales me parecían nuestras diferencias! Ya en las Jornadas, la tarde del segundo día se presentó la ponencia sobre sexualidad, centrada en una serie de reivindicaciones en torno a la libertad sexual, la planificación familiar y el derecho al propio cuerpo. A continuación, una mujer valenciana presentó una comunicación en la que habló de la vivencia de la sexualidad y del derecho al placer, con palabras cargadas de emoción que conectaron con lo más íntimo de cada una. Yo estaba sentada a los pies de la mesa de las ponentes mirando hacia el público —la sala estaba llena a rebosar— y de pronto me encontré mirando a los ojos de aquella mujer de la vocalía con quien siempre discutía: los tenía llenos de lágrimas: algo pasó de ella a mí, una mirada intensa que me hablaba de anhelos hasta entonces muy escondidos, de ganas de vivir, de deseos. Entonces sentí que más allá de alianzas circunstanciales había un vínculo profundo que nos unía, ese deseo, ese afán de ser felices, y que ahí residía nuestra fuerza, que eso era lo que podía dar sentido a nuestro empeño.



Creo que la suma de estas vivencias más que el acuerdo sobre unas reivindicaciones mínimas comunes fue lo que hizo posible la constitución de la Coordinadora Feminista y que esta se mantuviera durante tres años y pico a pesar de las divergencias, con la participación de mujeres tan diversas, como muestra este dibujo del grupo LaMAR (el grupo disidente es la Associació Catalana de la Dona, que no se integró en la Coordinadora, dada su aspiración de aglutinar a todo el movimiento de mujeres).

Dones en lluita

Dentro de la Coordinadora participé sobre todo en el grupo del boletín, luego revista, *Dones en lluita*, que también fue un espacio de relación importante, que en algunos aspectos me conectaba con el grupo de las amigas de mi madre que he mencionado al principio, por la combinación entre un espacio de intercambio de ideas, de reflexión, y de trabajo material para producir la revista, escribirla, buscar las ilustraciones, maquetarla, tratar con la imprenta, y luego distribuirla y venderla.

De la experiencia de *Dones en lluita* me interesa destacar la premisa de que el pensamiento lo elaboramos entre todas, a partir del contraste de ideas, y que el disenso (entonces no lo llamábamos así) es enriquecedor.

Elaborábamos los editoriales a partir de un debate del grupo y, si no llegábamos a un acuerdo, recogíamos las diversas opiniones y las discrepancias. Esto a veces creaba bastante desconcierto entre las lectoras, que en algún caso habían llegado a quejarse porque —decían— después de leer esos editoriales no sabían qué debían pensar. También organizábamos debates amplios sobre los temas de fondo, monográficos de cada número, que grabábamos y luego transcribíamos casi literalmente. Llegamos a reunirnos más de 50 mujeres en el bar laSal para alguno de esos debates, como el dedicado a la maternidad, al cual siguió una presentación del libro *Nacida de mujer*, de Adrienne Rich, que acababa de publicar la editorial Noguer.

Entre 1977 y 1979 publicamos quince números, en los que tratamos una gran diversidad de temas: sexualidad, coeducación, derecho al propio cuerpo, trabajo doméstico, contra las agresiones, maternidad, legalización del aborto, ecología y feminismo, doble militancia, mujer y locura, acompañados de comentarios de libros y películas, junto con la publicación de textos literarios, entrevistas e información sobre las actividades, muy numerosas en aquella época, de los grupos de los barrios.

En el momento de mayor intensidad de los debates en torno a la llamada “doble militancia” —la participación en grupos feministas mientras se mantenía la adhesión a partidos políticos mixtos, algunos de los cuales se percibía que intentaban influir sobre la orientación del movimiento de mujeres— se celebraron en Granada las II Jornadas Estatales de la Mujer, el 7, 8 y 9 de diciembre de 1979. Un encuentro que marcaría la ruptura entre el feminismo doblemilitante y el feminismo independiente. Una ruptura que en Cataluña mantuvo al movimiento de mujeres dividido hasta principios de los años 90 y la celebración de las jornadas “20 anys de feminisme a Catalunya”, y en otras partes del Estado hasta mucho después, con repercusiones que llegan hasta el presente.

Cito este momento para destacar el contraste con lo que habían sido las jornadas catalanas, que a pesar de una estructura y organización encaminadas formalmente a llegar a acordar una plataforma reivindicativa, también fueron un espacio de relación, de intercambio y de escucha. Una experiencia transformadora y enriquecedora, en suma, como ya he dicho.

En Granada, en cambio, se libró una lucha por la hegemonía, escenificada en un debate en el que largas colas de mujeres esperaban turno para intervenir y repetir una y otra vez las mismas consignas con escasas variaciones. Todas salimos de allí decepcionadas y los intentos de fiesta y de bailes colectivos, de nada sirvieron.

Las llamadas independientes dejaron la Coordinadora y también la dejó *Dones en lluita*, para convertirse en una revista autónoma con voluntad de tener una distribución normalizada con presencia en los quioscos. Entre 1980 y 1983, salieron siete números, hasta que finalmente la publicación no pudo continuar por problemas con la distribución y al no haber podido conseguir un número suficiente de suscripciones. También se había perdido algo del antiguo espíritu, y un repaso a las dos series de números muestra una mayor rigidez en el tratamiento de los temas, una falta de espontaneidad y la desaparición de ese espíritu de apertura al disenso que había caracterizado la primera etapa.

Por mi parte solo participé en los inicios de esta segunda etapa y fui desplazando progresivamente mi dedicación a las ediciones laSal, fundada en 1978 por Mari Chordà, Isabel Monteagudo, Isabel Martínez y Mariló Fernández.

laSal, edicions de les dones

Otro de los proyectos ambiciosos que surgieron de las Jornadas del 76 fue el bar-biblioteca feminista laSal. Espacio de encuentro que vio nacer muchas relaciones y proyectos, entre ellos laSal, edicions de les dones.

La primera publicación de las nuevas “ediciones de las mujeres” fue la agenda de 1978, con un seguimiento de los acontecimientos que habían marcado la vida del movimiento feminista a lo largo del año anterior, junto con pensamientos, citas, fotografías e imágenes gráficas sugerentes, entre las que destacan los dibujos de Elsa Plaza, que recrean una realidad soñada. Le siguieron otras doce, que fueron seguramente la creación más emblemática de la editorial, en la que trabajábamos todo el año, recogiendo noticias para la crónica del año que era uno de sus hilos conductores —todavía ahora, las agendas son una fuente inestimable para recuperar acontecimientos y fechas—, junto con el desarrollo de un tema monográfico del año —desde el cuerpo hasta la guerra, pasando por las mujeres

creadoras o la vida urbana leída en femenino— con la colaboración de muchísimas mujeres que aportaban textos, fotografías, dibujos, todo ello combinado gracias al genio creativo de Mari Chordà, fundadora de la editorial y alma de la agenda.

Una mirada al catálogo, que en trece años reunió obras de creación —poesía, novela y textos ilustrados—, ensayo feminista, recuperación de autoras “clásicas” catalanas y una colección de manuales de salud, permite apreciar la doble voluntad de dar a conocer las nuevas reflexiones y vivencias que estábamos explorando las mujeres, y de crear un espacio donde éstas pudieran ser compartidas, más allá de las tertulias y seminarios que se organizaban en el bar-biblioteca laSal.

Entre los primeros títulos, me gustaría recordar especialmente la colección de novela rosa, entendida como un espacio de conocimiento y reflexión sobre la situación de las mujeres y sus estrategias para salir adelante en el mundo. Inaugurada con *La bolchevique enamorada* de Alejandra Kolontai, le siguió *La Celina* —traducción al catalán de *Les stances à Sophie* de Christiane Rochefort—, con una portada que indica claramente cuál era la intención. Y la colección de poesía, iniciada con el *Quadern del cos i l'aigua*, con poemas de Mari Chordà y dibujos de Montse Clavé, en la que tuve la satisfacción de que mis compañeras compartieran mi deseo de ver reeditado el libro de Montserrat Abelló que contiene el poema que he citado antes, junto con una nueva colección de poemas más recientes: “Paraules no dites”.⁵

Como ya he dicho, ese poema —que ahora me emociona mucho—, la primera vez que lo leí me enfadó muchísimo. Me enfadó porque en sus versos leí resignación, leí renuncia, leí no luchar: estoy cansada pero a pesar de todo sigo, y seguiré cosiendo botones... y si puedo escribir un ratito, pues me conformaré con esto. Pero cuando lo reeditamos en laSal ya había empezado a verlo de un modo

muy distinto, casi opuesto. Si a los diecinueve años había pensado: mi madre no me da nada, no me da un modelo, el modelo que me da es coser botones, aguantarse, y encima, cuando estás cansada, sonreír, gracias a la relación con otras mujeres, al conocimiento de mí misma y de las otras que había ido reuniendo a lo largo de esos años, empezaba a intuir que justamente esa capacidad de sonreír aunque estés cansada ha sido algo muy importante que ella me ha dado, y cada vez lo es más. Y ahora pienso que con esos versos nos estaba dando algo más que resignación, también nos estaba dando una estrategia para salir adelante: aunque estés cansada, no abandones lo tuyo...

Con todo, lo más significativo para mí fue poder lanzar al mundo los “cuadernos inacabados”, bien conocidos también por muchas de vosotras, ya que luego los siguió editando horas y Horas, y en ellos han aparecido muchos textos significativos del pensamiento de la diferencia sexual.

Como decíamos en la “Nota editorial” que abría el primer número,⁶ ya en las primeras reuniones de mujeres interesadas en la creación de una editorial “nuestra” —allá por 1976— había expuesto mi deseo, enseguida compartido, de poder publicar textos de pequeña extensión que sirvieran como material de trabajo, de discusión y de reflexión en los grupos de mujeres o entre cada una y la palabra escrita, ya en sí misma espacio de discusión. Un deseo que surgía de mi propia experiencia en esos grupos —en particular durante los años de *Dones en lluita*—, donde había observado que la elaboración teórica a través de trabajos puntuales de corta extensión, elaborados como respuesta a necesidades inmediatas, era una característica común. De modo que era la confrontación de experiencias lo que generaba el discurso teórico, que no queríamos presentar en forma de “manuales básicos” incuestionables o cerrados, sino en unas publicaciones que solo aspiraban a ser un instrumento más de trabajo y reflexión. De ahí el nombre de “cuadernos inacabados”, que lanzamos “a modo

de piedra en el agua a fin de encontrar el eco de nuestras palabras en otros cuadernos y así generar una conversación, rica, viva y por siempre inacabada...”

Como creo que se aprecia en esta nota editorial, laSal fue ante todo un espacio de trabajo en relación, desde la selección de los libros, hasta su realización material, la maquetación, el diseño de las portadas, la distribución, las presentaciones, la relación con las autoras y diseñadoras, etcétera. Una práctica que duró doce años hasta que nuestros caminos se separaron...

Pero antes de cerrar este capítulo, quisiera recordar, a través de sus cubiertas, algunos de los últimos títulos:

La **Agenda** del 89, la número 12.

Duoda. De mare a fill,⁷ en traducción de Mercè Otero, último título, con el número 18 de la colección “clàssiques catalanes”, dirigida por Isabel Segura, dedicada a recuperar obras de autoras del pasado.

Y el ultimísimo libro, **Mujeres en busca de una nueva identidad**,⁸ que salió cuando la editorial ya prácticamente había cerrado, para cumplir el compromiso contraído con las autoras, y se siguió vendiendo mucho después. Una prueba más de que el cierre no fue debido a condicionantes económicos. Lo incluyo aquí porque relata la experiencia de un grupo de crecimiento personal para mujeres en el que yo también participé y que me ayudó mucho en la tarea de la “contratación de sí con sí”, imprescindible para una práctica de la relación abierta a la transformación.

El final de laSal fue difícil, como todas las separaciones, y muy doloroso, pues todas habíamos invertido mucho emocionalmente en el proyecto. También fue un aprendizaje que me hizo comprender que la relación nos enriquece y nos hace crecer, pero no puede cubrir todas nuestras necesidades ni hacer realidad todos nuestros deseos. Que requiere una distancia y que, cuando se acaba,

es bueno ser capaz de celebrar lo mucho que nos ha dado y seguir cada una su camino (así lo aprendí también en el grupo de crecimiento).

De hecho, tanto Mari Chordà como yo misma continuamos cada una por su lado la tarea iniciada. Ella continuó editando la Agenda hasta hace un par de años y yo continué en horas y Horas la colección “cuadernos inacabados”, que luego, ya sin mí, ha seguido durante muchos años y muchos títulos, y hasta hoy. También Isabel Segura continuó la colección “clàssiques catalanes” e inició una nueva de clásicas universales en Edicions de l’Eixample.

laSal dejó asimismo como legado la Feria del Libro Feminista, que se celebró en 1990, con la participación de 201 editoriales, 14 librerías, 31 revistas, 4 agencias literarias, 4 distribuidoras, 18 instituciones y 24 grupos de mujeres, de 36 países de los cinco continentes, y más de un centenar de autoras. Al calor de la feria nacieron nuevos proyectos como la editorial horas y Horas y la librería Pròleg.

Poner en común los deseos y energías de muchas permitió hacer realidad un encuentro que, cuando asistimos a la primera feria del libro feminista en Londres en 1984, jamás habríamos soñado que podía llegar a ser realidad aquí. También fue un aprendizaje de lo que se puede conseguir cuando ponemos en juego los vínculos entre mujeres diversas, con quienes podemos compartir una aspiración común aunque al mismo tiempo seamos muy distintas y estemos muy distanciadas en otros aspectos. Por ejemplo, en el caso de mujeres que ocupan puestos de responsabilidad en las administraciones públicas o en empresas, como las grandes editoriales comerciales. Así, para el éxito de la feria fue fundamental, entre otras, la relación con Maria Aurèlia Capmany, entonces concejala del Ayuntamiento de Barcelona.

El pensamiento de la diferencia sexual y la política de las mujeres

Permitidme que recuerde aquí dos libros que estaba previsto que se publicaran en laSal pero no llegaron a tiempo y que, siguiendo el hilo de mi trayectoria particular, marcaron un hito en la difusión entre nosotras del pensamiento de la diferencia sexual más allá de los círculos próximos a esta corriente del feminismo.

El primero es *Textos y espacios de mujeres*, de Milagros Rivera,⁹ análisis feminista de los escritos de mujeres de la Europa prerrenacentista y precapitalista, siglos IV-XV, donde junto con los textos nos acerca la metodología creada por el pensamiento feminista para interpretar desde la perspectiva de la política sexual las relaciones de poder que se han establecido y se establecen entre hombres y mujeres en razón del sexo. Una metodología y un pensamiento en las que muchas tuvimos la oportunidad de adentrarnos gracias a los cursos del máster interdisciplinar de estudios de las mujeres del Centre d'Investigació Històrica de la Dona, que entonces había iniciado ya la transformación que lo llevaría a convertirse en el centro de Investigación de Mujeres, centrado en el estudio de la diferencia sexual, que ahora es. Para mí, como para muchas otras, la asistencia a esos cursos fue fundamental para acercarnos a las teorías y análisis desarrollados desde una perspectiva feminista en Estados Unidos y en Europa en los últimos veinticinco años, a la vez que nos abrió un nuevo espacio de relación.

El segundo libro que ya no llegó a publicar laSal, y que sería el primero de la nueva andadura de los “cuadernos inacabados” en horas y Horas, fue *No creas tener derechos*, de la Librería de mujeres de Milán,¹⁰ un recorrido por la práctica política de las mujeres agrupadas en torno a dicho espacio, en el cual, yo al menos, pude ver reflejada buena parte de mi propia experiencia y que me dio las claves para interpretarla y para entender sus límites, a la vez que me descubría su potencial para abrir nuevas perspectivas.

La práctica de la relación y el partir de sí, en los grupos de autoconciencia o en otros espacios de relación más informales, había dado muchos frutos en la creación de una diversidad de espacios y proyectos de mujeres, como he intentado mostrar hoy aquí a través de algunas experiencias personales. Sin embargo, como también había experimentado en carne propia, esa práctica tenía y tiene un límite, que en su vertiente amable puede conducir al ensimismamiento y la autocomplacencia, y en su cara más dolorosa o inquietante puede también convertirse en una presión hacia la homogeneización, cortando las alas a cualquier atisbo de originalidad, a cualquier intento —real o percibido— de distanciarse de las demás en las ideas, los proyectos o las maneras de hacer.

En *No creas tener derechos*, el colectivo de la Librería de mujeres de Milán señalaba esta limitación, que procedía de la imposibilidad de registrar divisiones entre las mujeres, puesto que partía de la identificación: “yo soy tú, tú eres yo”, de manera que cuando afloraba algún contraste, se veía como algo capaz de provocar modificaciones mutuas, para luego reconstituir la identidad recíproca, que salía reforzada. Y también daba cuenta de la contradicción y el malestar que eso generaba, para llegar a la conclusión de que era preciso dejar hablar el deseo liberado de cada mujer, dar al “partir de sí” su sentido completo de partir de... para ir hacia..., dejar que las energías generadas a través del intercambio con las otras se proyectasen en el mundo. El reto era y es el hacerlo sin perder el sentido y la práctica de la relación.

A través de ese texto y de los encuentros que tuvimos con las autoras en el marco del centro Duoda y en otros espacios, también aprendimos la importancia del reconocimiento de autoridad a mujeres que nos pueden apoyar y guiar con su mayor saber y experiencia, concretado en el concepto de la relación de *affidamento*. “Tener interlocutoras magistrales es más importante que tener derechos reconocidos”, nos decían, a la vez que nos

hacían notar que “el primer invento fundamental (del movimiento de mujeres) fue la creación en el seno de la sociedad de lugares y momentos separados de sociedad femenina autónoma”.

Siguieron otros textos reveladores, que nos dieron palabras para nombrar vivencias y prácticas, y con la capacidad de nombrarlas nos aportaron también nuevas percepciones que nos permitirían profundizar en ellas y desarrollarlas:

Nombrar el mundo en femenino,¹¹ donde Milagros Rivera nos mostró la creación de significado de las relaciones sociales realizada a lo largo del tiempo por las mujeres y nos ayudó a comprender la revolución simbólica que se requiere para dar sentido al mundo en que vivimos.

El orden simbólico de la madre,¹² donde Luisa Muraro nos acerca a la palabra como don de la madre, que nos da medida en el mundo frente al desorden simbólico patriarcal.

La política del deseo,¹³ donde Lia Cigarini nos invitaba a liberar el propio deseo para impulsar una política a partir de sí y nos liberaba de la losa de la conciliación entre la “política general” y nuestra propia práctica política, que tan ocupadas nos había tenido durante años, con la afirmación, en adelante ya indiscutible, de que “la política de las mujeres es LA POLÍTICA”.

El final del patriarcado,¹⁴ que nos enfrentaba con el reconocimiento de que el patriarcado no puede durar una vez que ha perdido el crédito femenino, si las mujeres dejamos de sostenerlo.

1996: VEINTE AÑOS DE FEMINISMO

En 1996 se cumplían veinte años desde la celebración de las Primeres Jornades Catalanes de la Dona. El movimiento de mujeres se había diversificado y también había cambiado las vidas de las mujeres, sus proyectos,

aspiraciones e inquietudes, sus preocupaciones e intereses, y se había expandido enormemente el campo del saber, el conocimiento y la interpretación sobre la propia historia y la diversidad de experiencias vividas, en el mundo del trabajo, de las artes y las ciencias, del cuidado de la vida y de las relaciones. Conscientes de ello, cuando se decidió celebrar ese vigésimo aniversario con unas nuevas jornadas, se hizo un llamamiento amplio y abierto dirigido a “todas y cada una de las que en algún momento hemos sido parte (del movimiento de mujeres) todas y cada una de las que lo han mirado con simpatía, con complicidad tal vez, con actitud crítica en ciertos momentos... todas y cada una diferentes, bien variadas, distantes incluso a veces, sin demasiados vínculos entre nosotras, quizás tan solo ... ese 8 de marzo... esa conferencia ... ese libro ... esas manifestaciones ... esa película ... ese curso ... o tal vez el interés concreto por una muestra artística ... por la inserción de las mujeres en el mundo laboral ... por la reproducción de pensamiento y actitudes en las aulas ... por las últimas aportaciones teóricas ...”. A todas ellas se invitó a participar en la creación conjunta de un espacio de encuentro y reencuentro, de conocimiento, de intercambio y de debate, de relación en suma. “Un espacio de descubrimiento ... que posibilite la confrontación, el debate, la pausa, la complicidad, el reconocimiento, la reflexión, el descanso, el apoyo ... un espacio generador de energía, de curiosidad, de perplejidad, de conocimiento ... un hábitat colectivo...”, como decía el tríptico de presentación publicado un año antes. Pues, igual que en 1976, las Jornadas se propusieron como la culminación de un proceso abierto a todas.

El contenido del encuentro se estructuró sin un programa previo, de manera que cualquier mujer o grupo pudiera presentar sus propuestas y hacer sus aportaciones, que se organizaron en tres grandes ámbitos, “Cómo vivimos”, “Cómo pensamos” y “Cómo actuamos”, con los cuales se quería subrayar el deseo de dar cabida tanto a la experiencia vivida como a la reflexión teórica y a la acción

colectiva en el mundo. El resultado fueron 109 espacios de trabajo, pequeños y grandes, de reflexión, de debate y vivenciales, en forma de mesas redondas, debates, ponencias, talleres y exposiciones.

Mujeres de Duoda propusieron un espacio de reflexión sobre la autoridad femenina que se reunió mensualmente en Ca la Dona durante medio año. Diez mujeres expusieron en las Jornadas sus reflexiones personales sobre la autoridad femenina como figura del intercambio, y sobre la importancia de encontrar una mediación femenina para significar la propia experiencia y abrirse al mundo, sin caer en el espejismo de una falsa autonomía o una supuesta omnipotencia. Las dos mesas redondas, “Vivir la autoridad” y “Pensar la autoridad”, fueron seguidas con interés por un gran número de mujeres y muchas participaron también en el taller final, donde tuvieron ocasión de compartir sus propias experiencias. En los debates se departió entre otras cuestiones sobre la dificultad de asumir la autoridad, la necesidad de confianza en la relación, ¿dar autoridad o reconocerla? ¿la dependencia implica siempre subordinación? los riesgos de encarnar la autoridad...

Como dice la presentación del libro de las Jornadas, fueron “tres días intensos en emociones, contactos, reencuentros y nuevas experiencias, durante las cuales, más allá de las aportaciones concretas de los distintos grupos y las diversas mujeres, se creó algo más: un espacio de reconocimiento de las unas a las otras, en el que predominó sobre todo la voluntad de valorarnos y escucharnos, de establecer relaciones significativas entre nosotras.”

Las palabras finales con que se cerró la sesión de clausura de las Jornadas, sintetizan el proceso:

“Todo empieza con una mujer que habla con otra mujer, y cuando esta recoge su deseo y le da la confianza y la fuerza para hacerlo realidad. Y cuando a la una y la otra se suman dos, tres, cuatro ... veinte ... quinientas ... tres mil” [este fue

el número de inscritas en las Jornadas]... y muchas más ¡ya hemos comenzado a cambiar el mundo!"

Cambiar el mundo desde el deseo y a través de la relación con otra mujer como referente que valida ese deseo y lo hace posible, hacer significativa la relación en el mundo, convirtiendo el intercambio entre la una y la otra en una palanca que nos ayuda a transformarnos y a avanzar desde el respeto de lo que cada una aporta, así se manifiesta el valor político de la práctica de la relación.

En las Jornadas tuvimos ocasión de comprobar la potencia de lo que este intercambio desde el reconocimiento nos aportaba. Y, como en 1976, de ese espacio de relación nacieron muchos nuevos proyectos. Entre ellos, uno de los más ambiciosos y en el cual tuve ocasión de participar intensamente fue el Centre de Cultura de Dones Francesca Bonnemaison, pensado como un espacio permanente donde poder dar continuidad a los intercambios iniciados en las Jornadas, y que llegó a ser una realidad gracias a las relaciones y vínculos tejidos entre mujeres diversas que hasta las Jornadas nos identificábamos con espacios distintos.

Voy a detenerme un poco en esta experiencia como muestra de las dificultades que plantea el reconocimiento de las disparidades en la práctica concreta del día a día de la gestión de un Centro.

El Centre de Cultura de Dones¹⁵

Como explicaba su primer tríptico de presentación, el Centre de Cultura de Dones (Centro de Cultura de Mujeres), creado por iniciativa del movimiento de mujeres, nació con la voluntad de ser a la vez espacio de encuentro, de intercambio y de creación, dedicado a recoger y hacer visibles las aportaciones que, en el terreno de la cultura, promueven y han promovido las mujeres. Un espacio para impulsar nuevas maneras de construir el saber y para potenciar procesos de mostrar, enseñar y aprender,

abarcando todos los pasos del proceso de creación, desde la reflexión y la investigación hasta la difusión y la conservación, pasando por la creación propiamente dicha y la presentación de los resultados.

Partía de la premisa de que los trabajos realizados por las mujeres revisten un interés específico para las demás mujeres, en el contexto de la exploración de nuevos significados del ser mujer, como una vía para acceder a la libertad de decidir y desarrollar el propio proyecto de vida, desde el reconocimiento de la diversidad de deseos, aspiraciones y proyectos de las mujeres. Y desde esta perspectiva destacaba que tan importante como dar visibilidad a todas las formas de expresión de la cultura de las mujeres y otorgarles reconocimiento —tarea a la que ya han contribuido y siguen contribuyendo muchas mujeres activas en los distintos sectores culturales—, era resignificarlas situándolas en un contexto que permitiera establecerv un diálogo entre ellas y con ellas, como un medio para proyectar nuevas miradas sobre el mundo y sobre nosotras mismas. Un contexto que permitiera nuevas lecturas de las aportaciones de las mujeres, que a lo largo de la historia han permanecido ocultas, escindidas, tergiversadas, inadvertidas o capitalizadas lisa y llanamente por otros.

La aspiración era que la gestión del Centro como espacio de encuentro e intercambio permitiera alentar nuevas relaciones desde una diversidad de planteamientos y propuestas, estableciendo un diálogo entre las mismas, y entre sus emisoras y receptoras. Y como primer paso se planteaba la necesidad de tener en cuenta y dar cabida a la diversidad de intereses, deseos, modos de pensar, campos de actividad, disponibilidad de tiempo, circunstancias personales, etcétera, de las mujeres que acudían o que se esperaba que acudieran al Centro, desde las que llegaban con propuestas ya bastante elaboradas, en busca de apoyo y recursos para desarrollarlas, hasta las que se acercaban movidas por el interés de participar en una propuesta que

las atraía o simplemente con el deseo de encontrarla. Desde las que acudían en busca de recursos muy concretos que no encontraban en otros lugares, hasta las que se acercaban atraídas sobre todo por la propuesta general. Desde las que querían participar en el proceso global de construcción del proyecto hasta las que deseaban concentrar su actividad en un campo concreto. Y se preveía que del cruce de esta diversidad de maneras de aproximarse al Centro surgirían diferentes espacios de encuentro y diferentes modalidades de vinculación con las actividades y el proyecto global.

El deseo era articular la interacción entre los distintos grupos y colectivos como una red de relaciones de intensidades y contenidos diversos, incluidas las relaciones y complicidades personales, visualizando los procesos de ejecución de los diversos proyectos como corrientes que circulaban entre dichos grupos y colectivos a lo largo de sus distintas fases y que se enriquecían con nuevas aportaciones y energías a su paso.

Un esquema dinámico que algunas pensábamos que requería una participación basada en la corresponsabilidad solidaria, de manera que cada mujer individual o cada grupo pudiera contar con el apoyo de los distintos colectivos que componían el Centro para ejercer las funciones de las que se había responsabilizado. Un planteamiento ambicioso y un reto importante, ya que habría implicado una contratación explícita de lo que cada una asumía en relación con cada proceso, tarea, actividad o propuesta concreta, un intercambio fluido de toda la información pertinente, y la articulación de espacios de consulta y discusión de las decisiones.

Y este fue el principal escollo: conseguir la corresponsabilidad solidaria. Nos enredamos en discusiones sobre “quién decide” —y de hecho “¿quién manda?”— y sobre la necesidad de unas normas de funcionamiento para contener ese temor a un ejercicio subrepticio del poder. Todo lo cual condujo a una crisis

que personalmente me alejó del Centro y que situó en un primer plano, para mí y también para muchas otras, la cuestión de los conflictos, cómo abordarlos y qué hacer con ellos cuando no podemos resolverlos para evitar que nos paralicen o que se salden con el abandono de algunas, en flagrante contradicción con el propósito de abrirnos a la diversidad.

Ca la Dona¹⁶

He dejado para el final el espacio de Ca la Dona, al que he estado vinculada desde que cerró la editorial laSal, donde actualmente mantengo algunas de mis relaciones más significativas y donde hemos iniciado intentos de abordar los conflictos a los que nos aboca la diversidad a partir de la apertura al disenso, sin buscar siempre y a toda costa la armonía.

En 1968, se publicó en la revista *DUODA* un monográfico titulado “Atopías institucionales y mediación política”, coordinado por Teresa Sanz, donde se recogían las experiencias de tres espacios de mujeres: el Centro Cultural Virginia Woolf, la Casa de Mujeres de Bogotá y Ca la Dona de Barcelona. En el texto “Construir sobre els fonaments del somni” [“Construir sobre los cimientos del sueño”] que escribí para ese monográfico, intentaba reflexionar sobre qué significaba para mí Ca la Dona. Para ello partía del recuerdo de un sueño que he tenido a menudo desde que era niña y que se repite:

Hay un pueblo —o podría ser un barrio— donde cada una tiene su lugar, también yo. Personas muy diversas están concentradas cada una en su tarea. Siento que yo también tengo algo que aportar. Me aceptan y las acepto. Me dan y recibo. Y sé que también puedo dar.

Y concluía diciendo que desde hacía algunos años en Ca la Dona había sentido en muchos momentos que esto era cierto, que el sueño era posible. Pero enseguida me abrumaba la desmesura que suponía esperar tanto de un

espacio y ponerle una carga de deseo nacido de un anhelo tan profundo. Porque ese sueño que acabo de describir es un sueño de aceptación, de armonía, no estático —porque en él hay actividad, hay un hacer, un dar, un recibir— pero sí, en cambio, de ausencia de conflicto y, en este sentido, de una cierta permanencia, de poco cambio. Y en cambio yo sé, porque lo he aprendido una y otra vez en las experiencias de grupos de mujeres, tal como también he intentado exponer hoy aquí, que el movimiento que supone el cambio nunca es igual para todas y, por tanto, la armonía, el encaje, el acuerdo, no es algo que una vez alcanzado se pueda dar por descontado, ni un objetivo que se pueda considerar conseguido para siempre. Es más, estaríamos condenadas a la inmovilidad si así fuera.

Y, en cambio, constataba que si el espacio de Ca la Dona existe es porque nos sentimos parte de un movimiento, el movimiento de mujeres, de un proceso de cambio, y recordaba cómo habían cambiado en los últimos años nuestras ideas, nuestras maneras de mirar y de vernos, nuestros sentimientos... Y reconocía la presencia de conflictos, desacuerdos, malentendidos, enfrentamientos, peleas. Lejos de esa soñada armonía.

Entonces me preguntaba a qué venía invocar mi sueño de niña que quiere ser amada, aceptada, valorada y apoyada en su hacer, que quiere sentirse útil y necesaria, querida, que necesita y espera... Pero a la vez también era cierto que las hojas de inscripción para nuevas socias de Ca la Dona decían (y todavía dicen): “El somni continua” (“El sueño continúa”). Por tanto, el sueño es compartido. Pero ¿es el mismo? Seguro que no siempre, no necesariamente... Pero aun así la idea del sueño está presente, no el mío sino los sueños diversos de todas y cada una, nunca totalmente realizados sino vivos, cambiantes, una brújula más que un mapa con un camino trazado...

Y la respuesta que creía encontrar y que aún me parece válida era que el objetivo no es hacer realidad el sueño

particular de cada una, mi sueño, sino tener un espacio para soñar, un lugar donde el sueño diferente de cada una encuentre reconocimiento como una parte de lo que somos, donde no sea juzgado sino que otras lo acojan. Y, como decía en aquel texto, puedo repetir ahora que así lo he sentido desde hace unos años en Ca la Dona.

Si bien también es cierto que cada vez más se nos hace presente la necesidad de afrontar en toda su complejidad el reto de reconocer las diferencias y las disparidades, y desde este reconocimiento fortalecer los vínculos sin refugiarnos en el camino fácil de la búsqueda del consenso y la alianza en torno a unos mínimos, sino aceptando el disenso y manteniéndonos abiertas a la transformación.

Porque todavía seguimos intentando quitar hierro a las diferencias, buscando refugio en la fusión con las demás, reconociendo, sí, que no somos idénticas, pero intentando cobijarnos bajo un manto común de algún modo externo a nosotras, que sería lo que nos uniría. Acoger, cobijar, cuidar, comprender, es algo que sabemos hacer muy bien las mujeres, aunque tradicionalmente haya sido a costa de dejar de lado, descuidar y reprimir las propias necesidades y deseos. Cuando así sucede, el manto protector pronto comienza a resultar sofocante y no tardan en surgir voces que protestan contra lo que viven como una presión que obliga a ocultar las diferencias y discrepancias.

Para que exista relación tiene que haber una distancia, un espacio que permita la libre expresión de lo que cada una es, pero en el que a la vez pueda darse el encuentro y el intercambio. La condición para que este espacio exista es la voluntad de estar presentes la una para la otra, la voluntad de relación, de escucha, voluntad que nace del reconocimiento de la otra como significativa, del vínculo que me une a ella a través de nuestras diferencias y disparidades, y gracias a lo que éstas me/nos aportan. Es un espacio que no se define externamente, sino a partir de sí.

A mi entender, reconocer a la otra como significativa implica también un compromiso fuerte de tener en cuenta lo que desde su experiencia, vivencia y saber diferenciados me dice, y de exponer mi propia visión al contraste con la suya. Un compromiso que me obliga, no a cambiar para acomodarme a lo que ella espera de mí, sino a *estar abierta a la modificación* para integrar la nueva visión que sobre mí me ofrece, las nuevas percepciones y posibilidades de comprensión que me abre, los nuevos caminos que me muestra. La distinción es importante ya que indica que el compromiso me compromete *a mí*, pero no compromete mi libertad, y me compromete primordialmente *ante mí*, ante mi deseo y ante aquello que me vincula a la otra. En ello reside, para mí, la potencia transformadora de los vínculos, si los reconocemos y les damos valor, y los situamos en el centro de la relación.¹⁷

Esta es la práctica que intento desarrollar en Ca la Dona.

Y permitidme que acabe como he comenzado, con otro poema de mi madre. Unos versos que a mí me transmiten una lección de cómo los vínculos que nos unen a otras pueden extenderse más allá de nuestro horizonte inmediato y conocido. Sus palabras me ayudan a mirar y aceptar un futuro incierto, en un momento de mi vida en el que mucho de lo que en adelante pueda suceder, de los cambios que podamos promover, de cómo crecerán y se desarrollarán nuestros espacios, depende ya de otras, de las que nos seguirán, a muchas de las cuales aún no conocemos.

Dice así:

Sovint diem
això és la fi,
cap música ja no controla
les nostres esperances.

Però hi ha ulls que no coneixem

que escruten l'horitzó,
llavis que xiuxiuegen.

Orelles que perceben,
que amatents escolten
allà al fons de la nit.

Aquesta és la força que busquem,
l'amor que aprenem a sostenir
contra el caire del temps.¹⁸

Recepción del artículo: 3 de junio de 2014.
Aceptación: 20 de junio de 2014.

Palabras clave: Feminismo — Pensamiento de la
experiencia — Mireia Bofill Abelló — Política de las
mujeres

Keywords: Feminism — A Thinking of Experience —
Mireia Bofill Abelló — Women's Politics

notas:

¹ Montserrat Abelló, *Vida diària*, Barcelona: Joaquim Horta Editor, 1963.

² Soy como una sombra / perdida en la noche. / Amo el rayo de sol, / la brisa del mar, / la risa abierta, / la dulce sonrisa, / la mano fuerte. // Esta tarde de verano, / llena de luces / rosadas, azules, verdes, / demasiado crudas. / Pero tendré que ponerme, / como todas las tardes, / a recoser la ropa, / hundir las manos en agua sucia / y limpiar entrañas inocentes. / Coser botones, / empujar la plancha. // Solo de vez en cuando / puedo coger la pluma. // Me duele el pecho / y la espalda, / pero diré que esta tarde / es rosa y azul, / única, muy tierna, / inolvidable. / Porque la he vivido / y es mía. // ¡Y eso que estoy cansada!

³ Mireia Bofill, María Luisa Fabra, Anna Sallés, Elisa Vallés y Pilar Villarrazo, *La mujer en España*, Barcelona: Ediciones de Cultura Popular: 1967, 1968.

⁴ *Partisans: Libération des Femmes*, *Année Zéro*, núm. 54-55, París: Maspero, julio-octubre de 1970.

⁵ Montserrat Abelló, *Vida diària / Paraules no dites*, Barcelona: laSal, edicions de les dones, 1981.

- ⁶ Barbara Ehrenreich y Deirdre English, *Sobre brujas, comadronas y enfermeras. Dolencias y trastornos*, traducción al castellano de Mireia Bofill y Paola Lingua, Barcelona: laSal, edicions de les dones, “cuadernos inacabados” 1, 1981.
- ⁷ Duoda, comtessa de Barcelona i de Septimània, *De mare a fill. Escrits d'una dona del segle IX*, introducción, traducción y notas de Mercè Otero i Vidal, Barcelona: laSal, edicions de les dones, “clàssiques catalanes” 18, 1989.
- ⁸ Mercè Collet, Rosa M. Ferrer y Fina Pla, Yo, tú, nosotras. *Mujeres en busca de una nueva identidad*, prólogo de Mardi Robinson, Barcelona: laSal, edicions de les dones, “Manuales de Salud” 4, 1989.
- ⁹ María-Milagros Rivera Garretas, *Textos y espacios de mujeres. Europa. Siglos IV-XV*, Barcelona: Icaria, 1990.
- ¹⁰ Librería de Mujeres de Milán, *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*, traducción de Maria Cinta Montagut, Madrid: horas y Horas, “cuadernos inacabados” 10, 1991.
- ¹¹ María-Milagros Rivera Garretas, *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Barcelona: Icaria, 1994.
- ¹² Luisa Muraro, *El orden simbólico de la madre*, Madrid: horas y Horas, “cuadernos inacabados” 15, 1994.
- ¹³ Lia Cigarini, *La política del deseo. La diferencia femenina se hace historia*, introducción de Ida Dominijanni, edición a cargo de Luisa Muraro y Liliana Rampello, traducción de María-Milagros Rivera Garretas, Barcelona: Icaria, 1996.
- ¹⁴ Librería de Mujeres de Milán, *El final del patriarcado (Ha ocurrido y no por casualidad). Sottosopra Rosso (enero 1996)*, traducción de María-Milagros Rivera Garretas, Barcelona: Llibreria Pròleg, 1996.
- ¹⁵ En 1999, el movimiento feminista inició una campaña para recuperar el edificio del antiguo Institut de Cultura i Biblioteca Popular de la Dona [Instituto de Cultura y Biblioteca Popular de la Mujer], fundado en 1909 y que había pasado a manos de la Diputación de Barcelona al final de la Guerra de España. En mayo de 2003, la asociación promotora del Centre de Cultura de Dones firmó con la Diputación un convenio para la cesión del uso de una parte del edificio, y en febrero de 2004 se celebró el primer acto: una *Àgora poética*, coordinada por Luisa Fortes, en la sala principal decorada con un mural colectivo.
- ¹⁶ En marzo de 1987, un centenar de mujeres de muy diversos grupos del movimiento de mujeres ocuparon un edificio propiedad del Ayuntamiento de Barcelona, con el propósito de poder contar con un espacio propio en la ciudad. La ocupación duró una semana y, aunque finalmente no se consiguió la cesión de dicho edificio, permitió conseguir un compromiso de apoyo económico, gracias al cual en 1988 se inauguró Ca la Dona, gestionada por la asociación de mujeres del mismo nombre, en un local alquilado de la Gran Vía, con la voluntad de ser “un espacio físico y simbólico abierto a todas las mujeres, donde la heterogeneidad sirva de enriquecimiento colectivo gracias al debate y a la reflexión conjunta.” (Para más información, véase su página web: www.caladona.org).
- ¹⁷ Reproduzco aquí algunas de las reflexiones que expusimos con Montserrat Otero Vidal en un texto publicado en el *Anuario de Movimientos Sociales 2001*: “La política de las mujeres”, en Elena Grau y Pedro Ibarra (coord.), *Participando en la Red. Anuario de Movimientos Sociales*, Barcelona:

Icaria y Betiko Fundazioa, 2001. A pesar del tiempo transcurrido, lo allí expuesto sigue siendo significativo, a mi entender, para la práctica que algunas intentamos desarrollar en Ca la Dona y, de hecho, a menudo vuelvo sobre estas mismas reflexiones ante los conflictos y disensos que afloran en nuestro día a día.

¹⁸ “A menudo decimos / esto es el fin, / ninguna música controla ya / nuestras esperanzas. // Pero hay ojos que no conocemos / y que escrutan el horizonte, / labios que cuchichean. // Oídos que perciben, / que atentos escuchan / allá en el fondo de la noche. // Esta es la fuerza que buscamos, / el amor que aprendemos a sostener / contra la arista del tiempo.”
(Montserrat Abelló, *Dins l'esfera del temps*, Barcelona: Proa, Ossa Menor, 1998.